

DE AMORES Y OLVIDOS

Historias de guapos

Por

Enrique Caballeros

Índice

La mesa nº 12

Las novias del quía

La mesa de los bohemios

La mesa de los románticos

La mesa de los poetas y escritores de novelas y cuentos

La dura verdad

DE AMORES Y OLVIDOS

HISTORIAS DE GUAPOS

LA MESA N° 12

Para cuando Norberto Lizárraga se dio cuenta de esto, se encontraba sentado en la mesa doce del barcito que está en Bacacay. Comía una porción de muzza con faina y la cerveza negra artesanal coronaba la cena.

Los comensales de las mesas aledañas notaron —sin dejar de lado su sorpresa— un cierto aire de asombro en la cara del hombre, como alguien que se acaba de ganar un bingo. Apretó la servilleta transparente —esa que no sirve para nada y que parece una hojita de calcar—, y sin sacar la mirada del horizonte se bajó el vaso de un saque.

Se comenta que Lizárraga es habitué del lugar, y por eso el mozo no lo apuró a pagar la cuenta, como suelen dejar el ticket sutilmente bajo el servilletero cuando lo quieren despachar a uno. Pero quedó atento, pendiente a ver qué hacía el tipo que pegó un grito a media voz saltando de la silla como eyectado por un resorte. Era rara la situación.

Claro que un sábado por la noche, a eso de las nueve o por ahí, no es raro. Suelen pasar los superclásicos de Boca vs. River, Racing contra Independiente, etc. Ahí no es raro, no, es más probable que haya gritos, saltos, insultos, empujones y mucha cerveza, artesanal o marca Palermo. Fría, congelada, chorreando pasión.

Pero era miércoles.

En la mesa de la esquina estaban sentados Ubaldo y Ernesto. Charlaban sobre un nuevo negocio de inversiones. Dos chantas.

—El pobre está más loco que una cabra —dijo Ubaldo.

—¡Y qué querés, si la mina lo pateó a la calle como un perro! —murmuró Ernesto entre risas socarronas.

—Estoy esperando que me diga el precio por el “Milqui” y lo abrochamos. ¡Es una belleza como lo tiene! —se refregó las manos Ubaldo, y comió un maní.

—Hay que aprovecharlo ahora, el tipo está con la guardia floja, unos verdes y lo larga. Espero que no le agarre por la nostalgia porque cagamos. No lo suelta más.

Levantó la mano Ernesto para pedir otra cerveza. Enero con 31 grados amerita.

El yerno de don José y don José (el padre de María Paz) lo tenían de frente y tuvieron que hacerse los distraídos, aunque se les notó el julepe por el grito. No demoró demasiado Román en encontrar nuevamente el hilo de la conversación para pedirle a Pepe un pequeño préstamo, en principio para comprarle el anillo de compromiso a la nena. Uno muy caro, por supuesto, como merece la piba.

Un rana de aquellos. Pero el viejo zorro aprovechó la volada para hacerse el otario.

Era muy temprano todavía para irse. Dos veces fue al baño Lizárraga. En el camino saludó a todos los conocidos, pues le quedaban de pasada. La segunda no salió solo. Simulando un encuentro casual se lo vio conversar muy brevemente con Pocho. Uno contaba plata y el otro hacía sonar el fuelle con un resfrío raro. Desde la barra los muchachos se reían y con un chiflido (que era un guiño), el Colorado —mozo de mostrador del lugar—, puso en el tocadiscos una milonga. Sutileza de la barra.

Una pavadita para pasar el turno. Si hasta Lizárraga se rió. Todos estaban en la rosca, unos más otros menos pero sin ofender, era más bien un código.

Esa misma noche lo pararon a Pocho a dos cuadras del bar. Se lo llevaron por tres años. Un poco por no pasar la cometa de la papa y otro tanto por una loca del quilombo que se le reveló y lo denunció. Pero fue más por no pasar las atenciones propias a los jefes de calle.

En la mesa número doce se derrumbaba un hombre, el hombre, el viejo Lizárraga. Ese que tenía un amor en cada esquina, el que hacía hamacarse al Dodge 1500 sin cesar en los autocine, ahora era un harapo, ¡tirado cómo un pucho! —La vejez es peor que la muerte —pensó.

Habría pensado también que no hay “vejez digna” como le suelen llamar.

El amor es un mal que merece ser vivido y no contado. Vale la pena morir de amor, muchas veces, tal vez. Y Lizárraga pagaba con creces aquella canallada que le propinó la mina, la del locutorio, la pechugona.

Cuando hablamos de un “mal” entiéndase también el porqué. Los amores, los verdaderos digo, son los no correspondidos. Son esos por los que uno se desvela, sufre y padece, adelgaza. Los otros no sé —me atrevo a decir, casi afirmando—, si son dignos de ser llamados como tal. Un amor para un hombre a ciencia cierta y con varias cuerdas de cordón y vereda, se puede decir que, no es lo mismo que para una mujer.

El hombre debe pasar años de sufrimiento a escondidas, sin dirigir una sola palabra, llenándose de miradas furtivas y celosas, gestos silenciosos y domingos frustrantes a solas. Si hablamos de hombres de antes y amores de antes —hágase la distinción—, porque en lo que pinta para la actualidad y los tiempos modernos es otra la onda. Lizárraga desfallecía en aquel bar.

Sin embargo se comenta que la mina ya hace la suya. Claudia se llama o se llamaba. Y claro con apenas 27 años, ¡véase nomás si va a padecer siquiera un dolor de cabeza por un cincuentón calavera como el Lizárraga! Pavote el viejo nomás —¡Viejo y peludo!—, caer así.

¡Pero la pucha che!, quién no tendría ganas de sufrir por esa pechugona. Es inevitable para cualquier cristiano noble y humilde. El caso es que el razonamiento era simple, ecuación común, era un cuento cortito de un par de párrafos.

Los bohemios y los románticos tenían ganado el sector del fondo del bar. Hacia la derecha.

En la esquina izquierda los poetas y escritores de novelas y cuentos.

Para los bohemios, los amoríos, eran cosa de zaguán y olvido. Después noches de ginebra y cigarro.

Sin embargo los románticos creían en el idilio, la utopía, la flor y el beso. Creían hasta las mentiras más absurdas como la virginidad misma de algunas. Hasta hijos tenían. Pero eso no importaba porque el romance era el sentido de la vida.

Los poetas y escritores de novelas y cuentos eran tipos jodidos. Sí, rebuscados, intensos y densos. Pasaban las noches entre la rima y los símbolos, la cosa misteriosa y la ficción —todos los tipos de los cuentos o los protagonistas de los poemas eran unos piantados bárbaros.

Ahora le tocaba a él, pero no hace mucho pasamos lo mismo con el “Cabezón” Iturriza. Claro que lo del Cabezón fue cómico, se enganchó con la maestra de primer grado. Una cosa bizarra como habrase visto nunca. ¡Espichó la pobre vieja! Un amor mortal, fatal, asqueroso, ¡Y sin necesidad, viejo!

Dicen que en la casa del Cabezón, entrando en la sala, se ve sobre la mesa la foto del último día de clases. Los dos sonriendo. Un bochorno.

El Cabezón, Lizárraga, Ubaldo, Ernesto, Pepe, el Colorado, y otras huestes que no mencionamos, son parte de la barrita que paraba en la esquina del barrio de Flores. Todos conocidos y reconocidos. Habían compartido novias en la adolescencia, primas, hermanas, y hasta alguna tía. Fueron —me animo a decir— los pioneros de la clásica pregunta “¿Sabés cual es la diferencia entre Flores y Floresta?”, si usted lector la sabe, sepa que fueron estos degenerados los inventores.

Eran apenas las once y media de la noche y el jueves caía feriado, la cerveza corría sin parar por la barra hasta las mesas. No estábamos todavía ni cerca del despiole que se iba a venir.

Para adornar la historia con guirnaldas de colores y chisme barato, podemos rescatar situaciones muy picantonas que surgieron —porque no sólo Lizárraga tenía sus cosas—, cabe decir, por ejemplo, que la señora de Petroruzzi, el viejo de la inmobiliaria, estaba sentada en la mesa más remota y olvidada del salón y no con el esposo, sino con el cuñado, entre caricias sobre el jeans y el escote perfumado de la doña que se cubría el rostro con una capelina y anteojos negros de sol. Estaban junto a la puerta del baño de caballeros, ese por el cual Lizárraga tenía un afecto notorio, pues iba y venía como nervioso, apurado.

—¡Cómo le va señora! —dicen que dijo Lizárraga, con cara de asustado cuando salió del baño.

—¡Cuál pistola! —dijo la vieja avergonzada con el rifle del cuñado en la mano.

El tipo pegó un grito de dolor. Apretó fuerte la vieja.

—¡CUIDADO LAS BORLAS! —gritó el Colorado cagado de risa desde el mostrador, sin perder detalle de todo lo que pasaba.

Imagínense, toda la barra era una carcajada.

LAS NOVIAS DEL QUÍA

Las líneas en el tango que rezan “yo me emborracho por ella, ¿y ella quién sabe qué hará?”, son la sinopsis de esta opereta tragicómica de Lizárraga y de los guapos de la barrita. Algunos con más decoro y otros humillados hasta por debajo de las baldosas. Nuestro amigo es de los de la segunda fila. Enamorado estaba el tipo, hasta la ridiculez misma de padecer como un purrete, un adolescente inexperto: ¡pero qué poder sobrenatural cargaba esa pechugona para herir de muerte el corazón de un viejo mosquetero, ágil para los arrumacos, salidor y atorrante! Le dieron de probar de su propia medicina.

Los despechados dirán que Claudia, la pechugona, era de cascos ligeros y que nadie quería tomarla en serio, por lo que decían de ella y la reputación que manejaba. Además trabajaba en un locutorio doce horas, con el escote ese, el bretel reforzado y las calzas ajustadas como si estuviese por entrar al gimnasio en cualquier momento. Los tipos se le colgaban de la reja como queriendo pasar entre ellas hasta el otro lado y envolverla con sus brazos al punto tal de la asfixia. La mejor hora era a la tardecita, tipo siete u ocho, más tirando a la noche. Ahí era un espectáculo porque volvía del descanso bañada y perfumada, con el pelo suelto, el perfume del shampoo todavía y la piel tersa encremada, una locura. Ahí desfilaban los tipos que iban a hablar por teléfono con un primo lejano, una tía solterona —era el entre más común, todos querían jactarse de cualidades nobles, tiernas, heroicas, sensibilidad ante todo y caballerosidad. Nada más hipócrita y lejos de la realidad—, la madre enferma y solita nunca podía faltar en el repertorio de los enamorados, embobados, como niños con los globos a la salida del circo, que circulaban por las cabinas telefónicas. Globos no faltaban.

Por supuesto que la mina no era ninguna tarada. Disfrutaba en cuanto podía de los muchachos tan inmaduros, precoces en labia y creatividad. Además era viva, no se dejaba ver con ninguno, aunque el chisme volaba y los ratones de los que todavía no habían probado sus mieles eran —a esa altura— leones feroces y hambrientos. Todos querían saber cómo era.

Lizárraga entró como un campeón nadie lo puede negar. Ayudó un poco que a Claudia los hombres mayores le gustaban más. Sin embargo, hizo mérito. Un día le hizo un piropo cuando recibía el vuelto de una llamada y juntito a la sonrisa de la pechugona aprovechó el descuido para rozarle la mano. La primer mirada fue un flechazo. El viejo se fue con las patitas temblando —no se notó, un galán—, era un dandy con mucha cancha pero no hizo pie de una: el amor te noquea.

Lo vieron esperarla muy tarde, cuando cerraba el locutorio, sobre la esquina a una cuadra en el Dodge. Se bajó del auto (como corresponde), la besó en la mejilla (como corresponde), le abrió

la puerta e hizo todo lo que correspondía para ganarse semejante camión. Envidia, recelo, puteadas, aplausos, chiflidos y ademanes merecía la proeza. Era un triunfo colectivo para toda la barra, es más, hacían alarde con los otros barrios, Lizárraga era un prócer.

La verdad es que siempre fue el más canchero, el lindo, el de los ojos claros y los rulos dorados: era un querubín el hijo de mil.

A los trece años el viejo, don Ricardo, lo llevó a debutar mientras que los demás jugaban a las bolitas. Fue el primero en tener novia en la cuadra y además, para no ser menos, se levantó a la piba nueva del barrio. Era una familia de tanos con dos gemelas. Lizárraga dice que estuvo con las dos, pero ya suena a chamuyo.

Después llegó Mirtha, Esther, Graciela, cinco en la primaria, cuatro más en el club, la hija del farmacéutico, la del fletero, la del panadero. No dejó títere con cabeza. Todas llorando, todas abandonadas por el desalmado este, pasaba de un amor a otro sin aviso y las dejaba esperando en la placita una tarde cualquiera.

A los diecisiete lo hicieron reflexionar a la fuerza, el hermano de Carmen fue, la hija del farmacéutico. El morocho tenía dos brazos como árboles y era peso pesado en la confederación de box de la sociedad de fomento. Resulta que la piba estaba llorando por este sotreta y llegó a oídos del hermano, el que no dudó en citarlo en la plaza por medio de una carta que ella escribió.

—¡En la cara no! —se comenta que suplicó Lizárraga. Le pegó una biaba de aquellas. Estuvo mes y medio sin poder sentarse derecho, le aflojó las costillas: hasta el alma creo que le aflojó. Carmen se mudó del barrio con la familia, y el hermano viajó a México para competir profesionalmente.

LA MESA DE LOS BOHEMIOS

Los bohemios eran espíritus sin sonrisa ni futuro. Gente noble que llevaba para sus adentros un fatal dolor inexplicable, incomprendido e inútil a fin de cuentas. Hay quienes dicen que eran unos rebeldes, otros alegan que eran un dulce de leche. Lo cierto es que nadie sabe nada concreto sobre ellos porque hay que ser bohemio para saberlo, para conocerlos, para vivir su carne de puro lamento. ¡Qué vida jodida!

La mesa de los bohemios siempre se encontraba ocupada por uno o dos de ellos. A veces eran un puñado de bohemios bebiendo ginebra perdidos en la bruma del pensamiento, filosofando tal vez, quién sabe, cada uno en su mambo sin mirarse ni hablarse. No conversaban entre sí, como mucho se hacían un gesto con la cabeza como diciendo “¡Qué lo parió, qué vida jodida!” —unos piantados que daban miedo.

Para un bohemio el amor de la pechugona era perfecto. Perfecto en lo no correspondido, perfecto en lo imposible, en lo irreal, un recuerdo inolvidable. Era menester enamorarse de la pechugona, sufrir su amor, hacérselo saber y partir. Sin escalas a la frustración. Todo bohemio sabe que no puede ser amado.

El sueño de todo bohemio es pegarse un corchazo o morir de cirrosis, al menos así encontramos a varios en las piezas del conventillo. Asumimos indirectamente que un oscuro pacto los une en su vida y muerte de esta manera, vidas cortas e intensas, misteriosas y sin televisión a color.

Se comenta entre pasillos que existió un traidor que faltó a la mística y se fue con una rubia de pelo corto, esas que recita el versito ¿Lo conoce? Una desfachatez, un atropello. Un vivo bárbaro que se encamó ni bien pudo. Nadie va a juzgarlo, eso más que un pecado fue un milagro divino.

LA MESA DE LOS ROMÁNTICOS

Los románticos respondían al llamado del amor sin escrúpulos, sin entrevistas, sin importar la belleza, el color, el peso, a veces ni el sexo importaba. La fantasía valía todo lo demás, estos muchachos bellos y esbeltos, refinados y literatos, perfumados y limpios, morían por la rosa y veían la épica en las espinas. Suspiraban obviamente por la turgencia y las voluptuosas virtudes de Claudia. Eran románticos y toda la cosa, pero no eran de goma, se prendían fuego con verla pasar. Se dice que un romántico faltó al bar en una ocasión para dejar por un rato de lado los poemas de Benedetti y Sabines y los cambió por unos minutos de escote y corpiños desbordados. Los que esperaban en la fila para pasar a las cabinas dicen que el ñato comenzó a recitarle un versito a la mina.

Desenfrenado, pasional y desbocado le dijo:

*Es usted un sueño prohibido
la humedad del beso de fuego,
son sus pechos dos palomas
que retenerlas yo no puedo.*

*Es mi delirio mirarla
y mi epopeya tenerla,
mas no halló consuelo
si no me deja quererla.*

No era una cosa como para el aplauso, pero convengamos que tampoco para putearlo. El tipo estaba sinceramente entregado ante todo aquello que retenía en sus retinas, era una víctima de sus debilidades, preso del instinto. Un poco calentón, sí, pero justificado por el enamoramiento. Por desgracia la pechugona era mina de acción y el poema le pareció una pedorrada anticuada, fuera de uso. Pasó sin pena ni gloria. Dicen que se cambió de mesa desde ese día. Al poco tiempo se suicidó.

LA MESA DE LOS POETAS Y ESCRITORES DE NOVELAS Y CUENTOS

El poeta lleva siempre consigo un anotador, una libreta, algún papelito aunque sea encima y una lapicera. Al igual que los escritores de novelas y cuentos. Es detalle característico de estos señores. Puede sonar algo antipático lo que a consiguiente afirmo, pero para ellos el amor resulta absolutamente lucrativo. Hay por supuesto toda una mística alrededor, una esencia similar al bohemio en cuanto a su inspiración, la idea real de una musa o el desvelo casi obligado. Son pedantes y soberbios aunque lo nieguen, siempre se los ve en la mesa con sus hojas y la lapicera lista para componer cualquier cosa, les gusta que los traten bien y que le hagan la típica pregunta “¿Qué escribe?” —no escribe nada, quizás sea solamente la lista de compras para el supermercado o una carta pidiendo una extensión en el plazo de la factura de luz para que no se la corten. Además no hay misterio para estos tipos, la cosa está en que no escriben sobre el amor, escriben para poder acostarse con una mina. El amor llega después o no llega, pero no es motivo de aflicciones o angustias. El hombre es un bicho bastante predecible y común, nadie dudará en decir cuál es el motivo por el cual un caballero pinta un cuadro, ejecuta un instrumento, escribe un libro o escucha a Camilo Sesto o Sandro, quiere ganarse una mina, y digo una a falta de poder con todas. Si son todas mucho mejor.

Borges decía que, según él, ninguno de sus cuentos o libros valían demasiado. Por supuesto que para todos los mortales y estudiosos, Borges es palabra autorizada, representa al gran escritor del siglo XX. Es literatura escucharlo hablar, hace parte del genio. Abusaba algunas veces de una falsa modestia, las respuestas eran filosas y astutas e ingeniosas. Era un escritor con todas las de la ley. Cumplía los requisitos.

Estos discípulos del maestro que tenían copada una mesa del salón, se habían criado con ***“El libro de arena”***, ***“El informe de Brodie”***, ***“Cuaderno San Martín”***, ***“Fervor de Buenos Aires”***, soñaban con ser Borges, el bastón de Borges, cualquier gesto de Jorge Luis que imitaban les hacía creer que eran escritores y poetas.

LA DURA VERDAD

Nadie puede decir que en el bar de Bacacay humillaron a un hombre. Al contrario, perdió sí, pero contra un oponente digno que lo arrebató con guante blanco sin verla venir. El amor tiene sus suspicacias, el asunto resulta ser —a veces— un duelo tácito de caballeros que se desconocen y lo único que los enfrenta es la señorita en cuestión. Pero acá nadie se lo esperaba. Todos estaban convencidos que la pechugona se había ido con el viejo Oscar Fragocci, dueño de la inmobiliaria, tenía 85 años y varias propiedades, era un blanco fácil para la mina, pero no. Vea que no. A juzgar por su reputación y los falsos testimonios de enamorados despechados que pretendían ensuciar su nombre, se la vio por el contrario, pasar por la vidriera del brazo muy acaramelada y desinteresada con un señor. No era Oscar, no era Lizárraga, no era el bohemio, tampoco era un romántico. Era Tito, el bachero del bar de Bacacay. Paseando con su nueva novia el día de franco.

